

Una Infancia Silenciada. Crónica Interior del Abuso

El título de la presente disertación parece anunciar un relato de esa parte de mi vida llamada abuso; algo que en discreto hablar me nombran como *“lo que te sucedió”*.

Pidiendo las pertinentes disculpas, no me voy a adentrar en dicho relato. No lo eludo pero tampoco lo abordo como tal. Las razones que me mueven a hacerlo son varias.

En primer lugar cierto cansancio mío al respecto. A renglón seguido viene que buena parte de los aquí invitados ya me conocéis. Quienes no habéis tenido ocasión de ello podéis acercaros a una descripción pormenorizada de ese acontecer a través del libro *“Las Tardes Escondidas”* (Editorial Popular. Madrid) del cual soy autor o asomarnos al documental *“Monstres de Ca Meva”*, en la web del mismo nombre, o llamar a mi puerta

Sin embargo, la razón de más peso hoy para esta negativa radica en mi rechazo hacia la contemplación del abuso como un momento concreto. La etiqueta *“lo que pasó”* confiere a la vivencia abusiva un acotamiento en el tiempo, una singularidad y una excepcionalidad que para nada responde a la realidad como víctima.

Los profesionales del derecho hablan de *“hecho de autos”*. Los psicólogos de *“episodio traumático”*. Los periodistas de *“suceso”*. Las tres formas de comprender el abuso revelan una harta incompreensión.

La experiencia de ser abusado o de haberlo sido tiene un calado que llega a fusionarse con el propio devenir, trascendiendo a su momento de origen.

Una mujer de casi cincuenta años. Fue víctima de pequeña y llegada la edad adulta lo reveló en público. Se implicó como nadie en la causa del apoyo a los abusados/as. Tras un tiempo de silencio por su parte, le llamé. *“Enrique, no puedo más. No me vuelvas a llamar”* –fue su respuesta-.

Sus hijos se lo recriminaban. El que ese trozo del pasado materno hubiese sido dado a conocer al vecindario era devuelto con un *“Tu madre de pequeña ya era puta”*.

Algunas veces alcanzaría los oídos con esta nitidez. Las más lo harían camufladas dentro de un *“No...sí ya nos hemos enterado de lo madre...”*. La insinuación implacable. La crueldad de los sobreentendidos.

No estoy rescatando la voz de una España Negra, hundida en las sombras del tiempo, hablamos de hoy en día.

La frontera que establece “*aquí empieza el abuso*” es difícil de trazar. La que dicta “*aquí acaba*” lo es más todavía para la persona portadora del recuerdo. Esa segunda frontera a veces no existe.

Veamos la película, entremos en la sala y no nos conformemos con que nos cuenten “*de qué va*”. Aquí ya no vale el spot publicitario.

Vengo hoy a hablar de la vivencia del abuso, no de su acontecer, y como cabía suponer lo hago en nombre propio.

A riesgo de contravenir la ciencia me atrevo a definir el abuso como un proceso de incomunicación.

Proceso, por el motivo antedicho. De incomunicación, porque los fallos comunicativos, en una u otra forma, están presentes a lo largo de todo él.

Mi llegada a la celda del padre Javier, escenario del “hecho de autos”, en buena medida fue hija de la ignorancia en la que permanecía sumida mi infancia. Tenemos ahí una precariedad informativa.

Con mi presencia allí dio comienzo una parada nupcial imprevisible... intraducible para mí. Carecía por completo de referentes para ubicarme. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué lugar se me tenía reservado? ¿Qué se esperaba de mí?

Desconcierto y frustración se aunaban con el miedo a un peligro, más tenebroso por carecer todavía de semblante.

El cambio de registro del pederasta desplomó la poca fuerza que restaba en mis brazos, el peso de mi voz y el empeño en que la ropa no fuese separada de mi piel.

Era un cambio en su discurso pero era, sobre todo, un cambio radical en el rol que allí se me confería.

La infantilización fue el primer papel que se tenía reservado para mí en el guión. Como si de mi edad se hubiese restado la mitad de los años él me convertía en un Enrique tierno al que se puede acariciar, sentar en las rodillas y rodear de blandas palabras.

Yo no quería. Miraba la puerta. Por nada toleraba la posibilidad de que se abriese la puerta y alguien me viera.

Cuando, meses más tarde, traté de pedirle aclaración e imploraba me fuese liberada la condición de pecado, él pasó a duplicar mi edad. De un momento a otro me hizo adulto. Lo que había pasado se convertía ahora en consecuencia natural de un afecto consentido y consensuado entre dos personas plenamente conscientes.

En medio, entre la infantilización y la prematura madurez, tuvo lugar la fractura. Para zarandear mi frágil baluarte me insultó. Bruscamente me degradó. Gesto agresivo y frases como “*¡Venga ya! No estoy para perder el tiempo. ¿Qué te has creído? ¡Ahora me vienes con ésas!*”.

Siempre fui chico obediente y ante un sacerdote más.

El cocodrilo del Nilo, si no nos engaña National Geographic, permanece escondido en el agua a la espera de que su presa se acerque a beber. De un salto lo captura y, manteniendo la mordedura, lo arrastra hasta el interior del río. Una vez allí, hace un giro rapidísimo sobre su propio eje. Antes de morir por ahogamiento el alimento ha sido descoyuntado.

Yo miraba la puerta sin dejar de auscultar el frágil silencio, inquietante quietud, que flotaba al otro lado.

Cambios inesperados de registro. Rotura de mi capacidad para controlar una relación voraz.

La incomunicación se sirve de múltiples disfraces. La oclusión pura y directa es el más fácil de advertir. Mi mejor amigo escuchaba el primer intento de confidencia. Las palabras que de mí salían eran tímidas y precavidas. Con un “¡Oye! ¿Tú no serás marica?” me cortó en seco y abrió un cráter de casi diez años de ficción. Representar y representar como propia una vida que no sabes de quien es.

Desde la distancia ahora casi se lo agradezco. Me hizo sabedor del calibre exacto del sentir colectivo. Con su sinceridad de niño descubrió el rostro de la inquisición popular.

Una tarde la puerta se abrió. Nada más que una vez y por un instante.

El Padre Javier me acababa de desnudar y los doce años de mi blanca piel estaban siendo recorridos por sus manos. Entonces... entonces abre la puerta un joven seminarista. Inmediatamente dice "perdón" y cierra la puerta.

A mis cincuenta y cinco años y recordando la inesperada visita siento en la piel que yo fui sorprendido “*in fraganti*”... que me acababan de capturar en la evidencia del pecado.

El pensamiento racional dicta que no; que el culpable estaba siendo el Padre Javier. Sin embargo, la sensación irracional persiste idéntica que entonces, ignorante del paso de los años.

Dentro de mi persona colisionan, así, dos lecturas contrapuestas de aquel momento. Otro desajuste comunicacional más. Éste con escenario, guión y público distintos.

Tomada cuenta de la advertencia de mi amigo y fallecido el Padre Javier un conflicto se instauró y se enquistó. Me tenía a mí por único protagonista y espectador.

Una parte de mi persona increpaba: “*¿Ves a los chicos de tu edad? Tú no eres como ellos. De nada sirve que te escondas. Ellos jamás hubiesen hecho lo que tú. Si no lo eres ya, estás condenado de ser un marica. Tarde o pronto todos se enterarán*”.

Tras un silencio compungido la otra parte respondía: “*Sí, ya lo sé. No puedo negar que lo hice pero... bueno, en realidad no es lo que parece. Tal vez haya pasado pero, en el fondo, sea como si no hubiese pasado. En*

el peor de los casos, si sigo callado puede que acabe siendo alguien normal”.

A lo que el primer personaje interior contestaba: *“¡Abre los ojos de una vez! Tú ves a los otros. ¿A que ninguno de ellos ha pasado por la celda? ¿Qué esperas de alguien que ha estado allí?”.*

A lo que el segundo personaje respondería volviendo a minimizar el pasado y a abrir pequeñas puertas a la esperanza. A lo que... a lo que...

Bucle impertinente.

Está claro que aquel monólogo dialogado no se construiría con estas palabras. Posiblemente careciera de palabras y simplemente permaneciese encarnado en la sensación de uno mismo, tal es la de habitar mi propia persona.

Hay mitos entrettejidos con nuestro genoma cultural; inquilinos permanentes del pensamiento colectivo. Uno de ellos, la semilla del diablo. Otro, la expulsión del paraíso.

Del primero ya se encargó mi hermano en dejarme nutrida cuenta.

“¿Estaré infectado?” Inoportuna inquietud para edificar una adolescencia.

La expulsión del paraíso tiene todavía fieles portavoces en nuestras calles. *“A esa pobrecita la han desgraciado”...* *“A ese pequeño le han quitado la hombría”.*

El escenario sigue siendo el mismo de antaño. La pérdida irreversible de un bien supremo. De ahora en adelante nada importa los pasos que nos hayan de llevar.

Cabría alentar el convencimiento de que los paraísos no existen, que la dignidad es algo que se construye día a día, que se va cultivando como el geranio que es regado por Mamá en el balcón, que tenemos las herramientas para vivir una vida merecedora de ser vivida... que aprendemos a sonreír cada mañana.

Nadie me transmitió algo así entonces. Mis voces interiores eran eco tanto de la intolerancia como del empeño por encontrar un lugar en la vida.

La discordancia de mensajes no sólo está presente en la comunicación interior. La sociedad se encarga, sin saberlo, de darla cabida.

Un menor puede encontrar comprensión y apoyo en el mundo institucional (Justicia, Sanidad, Educación...) pero en casa estar estigmatizado. O viceversa. O puede hallar esa comprensión en todo el mundo adulto pero haberse convertido en el bufón de la gente de su edad.

Para enturbiar todavía más el estanque pueden darse, y es bien frecuente que se den, incongruencias entre unos planos de lenguajes y otros.

Me acuerdo yo mayor y haciendo sabedor de mi condición de abusado a un familiar directo. Él me respondía que *“Muy bien... Muy bien”*

pero ese beneplácito me era transmitido en la transcripción literal de sus palabras. El tono y el gesto clamaban: *“Enrique, guárdate esa información para siempre y fingiremos no haber oído nada”*.

Mano a mano de esta ambivalencia llega la futilidad de los juicios. Me refiero al ajusticiamiento popular, la lapidación, aunque a veces ésta se engalane de resolución firme.

Del *“¡Pobrecita!... Hay que ver... Parece mentira... ¡Qué canalla el otro!”* se pasa, de la noche a la mañana y sin saber porqué, a un *“De tan niñita... tan niñita, ¡nada! A ésa ya se la veía venir”*.

Ternura, virginidad e inocencia. Hipocresía, lascivia y provocación. Parecieran cara y cruz de la misma moneda. Una moneda que gira en el aire a la espera de su aleatoria caída.

Zaragoza, 1969. Salgo corriendo del convento. Me acababa de transformar en hombre y para nada lo tenía previsto. No lo quería y menos aún que hubiese sido así.

Me acuerdo de un latigazo de luz. De la penumbra conventual pasé de golpe a una tarde de verano.

No paraba de correr. Sólo quería, ávidamente, dejar atrás esa sensación de suciedad que, como oscura nubecilla, se empeñaba en seguirme.

Sabía con el pensamiento que tan sólo era una sensación. Sin embargo como tal sensación era tan nítida que por falsa no podía dejar de vivirla como evidente.

La sucia sombra me acompañó y cuando ya no pude más, jadeante, me paré. La evidencia dictaba que aquella sensación, putrefacta y pegajosa, iba a formar parte de mi persona. A perpetuidad.

Palma de Mallorca, 1999. Estoy escribiendo *“Las Tardes Escondidas”*. Advierto una repetida inclinación a hacer las descripciones desde el rol de especialista en ciencias humana. El vocabulario profesional y el distanciamiento con respecto al acontecer que estaba llevando al papel delataban una prepotencia por mi parte. Yo, el supertécnico, se refiere a un caso por él conocido.

Esa propensión al tecnicismo era disculpable. Sin darme cuenta trataba de escamotear la carga álgida de mi pasado. Es más cómodo hablar de disonancia cognitiva que decir que concentraba toda mi mirada en el techo con tal de evitar la imagen de unas manos morenas desentrañando mi rubio pubis.

Tras unas cuantas collejas, el Enrique técnico cejó en su empeño.

Lo que no caí en la cuenta fue que su relevo iba a ser pronto tomado por el Enrique con vocación de escritor. Yo, por un lado, y mi personaje, por otro. Empecé a escribir como un reportero que va recorriendo una vida pretérita. Un yo adulto, dueño y mago de la palabra, y

otro yo, treinta años más joven, que está siendo llevado al papel. La vida de uno y otro parecía que poco tuvieran en común.

No me apercibí de este ardid, igual de engañoso pero más sibilino que el anterior. De una u otra manera dejaba de escribir “desde” y pasaba a hacerlo “acerca” de la experiencia. Venía a ser un cambio desde la posición de víctima a la de testigo, aunque fuese testigo de mí mismo.

Desde este cómodo desempeño seguí escribiendo hasta que alcancé la atropellada salida del convento. Las calles aparecían vacías y el jadeo era cuanto podía oír.

En ese momento el novel autor advierte que su personaje es portador de una profunda dimensión humana y de todo un espesor dramático.

Deja de escribir y rompe a llorar. Acaba de caer en la cuenta de que ha sido él. Hubo una tragedia y su propia persona fue quien la sufrió.

Algo tan obvio para el pensamiento había permanecido tiempo y tiempo oculto a la emoción.

En no descubriéndome como persona me acabe descubriendo como personaje. Un periplo tan absurdo como iluminador. La experiencia personal tuvo que hacerse transparente a través de la singladura de un personaje.

En Las Tardes Escondidas reza: *“Han tenido que pasar más de treinta años para que me conceda a mí mismo el derecho a llorar”*.

Hasta ese momento un sentimental impenitente como yo no había llorado ni se había sentido compungido por sí mismo. No lo había hecho por una sencilla razón: por los malos no se llora.

De vez en cuando me acerco a ése que fui y en cierta medida sigo siendo. Le llamo Kike, como entonces me llamaban. Para él no pasa el tiempo, vive en un *“parece que fue ayer”*. No le dejaron crecer ni seguir siendo niño.

Me siento junto a él, a la altura de su mirada gacha, y tras escuchar su silencio le respondo que no tiene nada por lo que pedir perdón.

“Perdóname tú a mí –le digo- por haber tardado tanto en encontrarte”.

E.P.G.

Palma de Mallorca, a 2 – Abril – 2012.